



EL REFLEJO PERDIDO

I

DRESA de una fiebre que rayaba en delirio, parecíame que el frío de la muerte penetraba en mi corazón, y a pesar de la furia de la tempestad, corría por las calles sin sombrero ni capa, como un escapado de la casa de locos. Las velas rechinaban en los tejados, produciendo sonidos estridentes, y las ráfagas del viento de la noche sucedíanse en el espacio con el sordo rumor de las ruedas eternas que señalan la caída de los años en el abismo del tiempo.

Y no obstante, era la víspera de la alegre fiesta de Navidad.

Ahora bien, todos los años el diablo elige precisamente esta época para hacerme alguna jugarreta á su modo, y voy á citar una entre mil. El consejero de justicia de nuestra ciudad acostumbraba á organizar en la noche de San Silvestre una brillante reunión en celebridad del próximo año nuevo. Entré en el salón de espera, y el dueño de la casa salió al punto á mi encuentro, cerrándome el paso.

—Querido amigo— me dijo con maliciosa sonrisa— no podéis imaginaros qué deliciosa sorpresa os tenemos reservada para esta noche.

Al mismo tiempo, cogíome de la mano y me condujo al salón... Entre varias damas de la más exquisita elegancia, sentadas en sofás dispuestos en círculo al rededor de la chimenea, donde chisporroteaba un fuego brillante, vi sus facciones adoradas... Era ELLA, la que hacía años no había encontrado ni una sola vez. ¿Por qué milagro se hallaba allí?... Al verla, detúveme inmóvil y mudo.

—¡Vamos!— me dijo el consejero empujándome un poco— ¡vamos, ánimo!

—¡Dios mío!— exclamé adelantándome maquinalmente— ¿sois vos, Julia, vos aquí?...

Al oír estas palabras, la dama se levantó y me dijo con frialdad:

—Me alegro mucho veros; paréceme que vuestra salud es buena.

Y volviendo á sentarse, continuó la conversación con una amiga suya, sin ocuparse de mí, y oí que le preguntaba: «¿Tendremos alguna buena función la semana próxima?»

Estas palabras me dejaron frío, y el temor al ridículo me hizo incurrir más en él. Al saludar á las damas para eclipsarme cuanto antes, tropecé con el consejero que tomaba una taza de t , y la sacudida hizo saltar el humeante líquido sobre sus puños de encaje. Mi tor-

peza excitó la risa, mas yo procuré mantenerme sereno para luchar contra la fatalidad; sólo Julia no se había reído, y su mirada se fijaba en mí con una expresión que me hizo concebir alguna esperanza.

Á los pocos momentos levantóse para pasar á un salón contiguo, donde un improvisador divertía á los presentes. El adorno blanco de Julia hacía resaltar admirablemente los encantos de su busto, el brillo de sus hombros de alabastro y la elegancia de sus formas; en aquella mujer había seducciones irresistibles, y por la gracia de su actitud llamaba desde luego la atención. Antes de entrar en la sala inmediata, volvióse hacia mí, y entonces me pareció que aquel rostro de tan angélica belleza tenía cierta expresión irónica, lo cual me produjo un malestar indecible. Sin embargo, pocos minutos después hallábame junto á Julia.

—Quisiera— díjome á media voz y con dulce acento— que tocarais en el piano uno de esos aires sentimentales que tanto me agradaban en otro tiempo...

Cuando iba á contestar, con la ternura propia de nuestros recuerdos, varias personas, pasando entre nosotros, nos separaron, é inútilmente busqué después todos los medios para réanudar la conversación; hubiérase dicho que Julia se esforzaba, por su parte, para huir de mí. Poco después separábanos sólo el criado que ofrecía los refrescos; la hermosa tomó una copa que contenía un sorbete delicioso, y presentómelo diciendo:

—¿Le aceptáis, amigo mío, con tanta alegría como la que hubiérais experimentado en otro tiempo?

—¡Oh, Julia, Julia!— exclamé, rozando sus afilados dedos, cuyo contacto hizo circular por mis venas una corriente de fuego.— ¡Oh Julia!...

No pude añadir una palabra más; parecióme que un velo cubría mis ojos; todos los objetos daban vueltas a mi alrededor, y nada oía; cuando volví en mí, ha-

lléme, con la mayor sorpresa, medio echado en un sofá, en un gabinete lleno de perfumes... Julia, inclinada sobre mí, mirábame con amor, como en otro tiempo.

— ¡Oh! — exclamé tratando de atraerla á mi corazón — ya te he encontrado para siempre, ángel de amor y de poesía... ¡Tu vida es mía, y nada nos separará ya!...

En aquel mismo instante, una hedionda figura, con largas patas de araña y ojos de sapo, que parecían salirse de la frente, abrió bruscamente la puerta del gabinetito, gritando con voz chillona:

— ¿Dónde diablos está mi mujer?

Julia, asustada, desapareció al punto. ¡Julia se había casado; estaba perdida para mí!

Salí como un loco de aquella casa maldita, y sin aliento, con la cabeza desnuda, recorrí las calles en medio de la tempestad. Las veletas rechinaban en los tejados, cual mochuelos poseídos de terror, y las ráfagas del viento de la noche, que impelían en el espacio torbellinos de nieve, semejaban gritos de demonios que se mofaban de mi fiebre y de mi desesperación.

II

Corriendo de calle en calle como un caballo salvaje, llegué frente á la taberna de los *Cazadores*: un grupo de alegres jóvenes salía en aquel momento entonando alegres cantos y profiriendo ruidosas carcajadas. Devorado por una sed ardiente, penetro en la taberna y me dejo caer sin alientos en un banco.

— ¿Qué se ha de servir al caballero? — me pre-

gunta el tabernero descubriéndose respetuosamente.

— Un jarro de cerveza y tabaco — le contesto.

Gracias al refrescante líquido de nuestros buenos alemanes, hállome muy pronto en un estado de satisfacción tal, que el diablo, después de empujarme toda la noche, juzgó oportuno sin duda dejarme descansar hasta el día siguiente.

Mi traje de baile, así como la expresión de mi fisonomía, debían producir un efecto extraordinario en cuantos me miraban; y ya el tabernero iba á dirigirme preguntas, cuando una mano vigorosa golpeó en la ventana del establecimiento, y una voz gritó: «Abrid, abrid, soy yo!»

Apenas entreabrió la puerta, porque ya era muy tarde, un personaje que parecía no tener más que los huesos y la piel, deslizóse en la sala, manteniéndose siempre pegado á la pared; sentóse después frente á mí, y el patrón puso en su mesa dos candelabros. El recién llegado tenía una figura distinguida, pero la expresión de su semblante era muy melancólica; pidió también un jarro de cerveza y una pipa con tabaco, y después pareció abismarse en sus reflexiones, lanzando á intervalos enormes bocanadas de humo, que mezclándose con las mías, nos rodearon muy pronto de una bruma narcótica. Yo contemplaba á mi hombre á través de aquella nube sin decir palabra: su cabello negro formaba rizos, como las cabezas de Rubens; llevaba una levita estrecha adornada con alamares, y lo que más me sorprendió fué que encima de las botas calzaba unas zapatillas forradas. Cuando hubo acabado de fumar su pipa, sacó de un estuche de hoja de lata muchas plantas, extendiolas sobre la mesa y comenzó á examinarlas una después de otra con visible contento. Para entablar conversación, le cumplimenté sobre los conocimientos que al parecer tenía en botánica, y esto le hizo sonreír de una manera singular.

—Estas yerbas que veis— me contestó— sólo tienen valor por su rareza; yo mismo las cogí en la falda y en la cima del Chimborazo.

Ya iba á preguntarle otra cosa, cuando volvieron á llamar á la puerta de la taberna; el patrón se levantó, y oyóse una voz que gritaba desde fuera: «Hacedme el favor de cubrir vuestro espejo.»

— ¡ Ah! — repuso el tabernero — el general Luvarow llega muy tarde esta noche.

Al mismo tiempo, un hombrecillo flaco, embozado en una capa de color oscuro, entró en la taberna dando saltitos y fué á sentarse entre el viajero del Chimborazo y yo.

— ¡ Qué frío hace por la calle — dijo — y qué humo hay aquí! Quisiera un polvo de rapé.

Apresuráme á presentarle mi tabaquera de acero pulimentado como un cristal, regalo de un amigo á quien yo apreciaba mucho; mas apenas el hombrecillo hubo fijado la vista en el objeto, dió un salto hacia atrás y exclamó rechazándola con ambas manos:

— ¡ Id al diablo con vuestro maldito espejo!... »

Al oír estas palabras, miré á mi interlocutor con aire de asombro; sus facciones se descomponían y estaba pálido como un muerto, mas no me atreví á preguntarle la causa de su indisposición, pues parecíame que en aquel hombrecillo había algo de fantástico é infernal; y acercándome al viajero del Chimborazo, seguí hablando con él de botánica. Á intervalos dirigía una mirada de ansiedad al hombrecillo, y al notar que su rostro cambiaba por instantes, un estremecimiento parecía helar la sangre en mis venas.

De frase en frase, y sin duda por la singularidad de nuestro encuentro, la conversación recayó sobre la metafísica de la felicidad.

— Confieso — dijo el hombre del Chimborazo — que toda mi filosofía se reduce á oponer la paciencia á las

mil y mil contrariedades con que hemos de luchar en la vida; diariamente y por todas partes dejamos un pedazo de nuestra pobre existencia en algún percance de que no podría preservarnos toda la prudencia humana.

— Á fe mía — repliqué — yo soy un ejemplo incontestable de esa verdad, porque esta misma noche he dejado mi sombrero y mi capa, á consecuencia de un enojoso incidente, en el guardarropa del señor consejero de justicia.

Al oír estas palabras, mis dos interlocutores se estremecieron como por efecto de una violenta sacudida: el hombrecillo me lanzó una mirada siniestra, de expresión verdaderamente diabólica, saltó á una silla y ajustó cuidadosamente la cortinilla de sarga roja con que el tabernero había cubierto el espejo, mientras que el hombre del Chimborazo despabilaba las velas como para que no se pudiera formar la menor sombra. No sin dificultad se reanudó la conversación, y hablóse sobre las obras de un joven pintor, muy celebradas entonces.

— Sus retratos son admirables por la semejanza — dijo el viajero del Chimborazo, tanto que sólo les faltaría hablar; tal es su animación, que se tomarían por la imagen robada á un espejo.

— ¡ Qué estupidez! — exclamó el hombrecillo agitándose en su silla. — ¿ Cómo suponer que se pueda robar la imagen reflejada en un espejo, á menos que el diablo no intervenga? Sí, sí, señor sabio, señor juez en materia de arte; hacedme tocar con el dedo un reflejo robado como decís, y me veréis en un salto á cien pies de altura.

— Poco á poco, amigo mío — dijo el hombre alto acercándose á su interlocutor; — no seáis tan descreído, pues tal vez hayáis de saltar toda la escalera. ¡ Á fe mía, podéis estar orgulloso con el efecto que produciría vuestra figura en un espejo!...

Al oír estas palabras, el hombrecillo comenzó á reír convulsivamente exclamando:

— ¡Ah, ah, ah! pobre compañero! ¿qué importa mi reflejo, teniendo por lo menos una sombra que nadie me ha robado?

Y apenas pronunciadas estas palabras, salió de la taberna haciendo cabriolas; mientras que el viajero del Chimborazo volvía á caer sentado en su silla como si estuviera desfallecido.

—¿Qué tenéis, amigo mío?—preguntéle con acento compasivo.

—¡Lo que tengo!—contestóme sollozando:—¡Ay de mí! ese hombrecillo que acabáis de ver es un hechicero que viene á perseguirme hasta el último asilo, donde creí olvidar la espantosa desgracia de haber perdido mi... ¡Adiós, caballero, adiós!

Y el extranjero, levantándose al punto, acercóse á la puerta, atravesando toda la sala sin proyectar la menor sombra en las paredes.

—¡Pedro Schlemihl!—grité de pronto—pues acababa de reconocer á un ser maldito; pero habíame tomado la delantera, y desapareció en las tinieblas.

Cuando quise volver á mi sitio, el tabernero me empujó por los hombros y dióme con la puerta en las narices, murmurando:

—¡Dios preserve mi casa de semejantes aparecidos, pues mejor quisiera dar de beber al mismo diablo.

III

El señor Mathieu es íntimo amigo mío, y tiene el portero más listo que se pueda encontrar; de modo que me abrió apenas toqué la campanilla en la puerta del

Aguila de Oro. Cuando hube entrado, referí en dos palabras los percances de la noche; y como había dejado la llave de mi cuarto en la capa, en casa del consejero de justicia, condújome á otra habitación, puso un candelero sobre la mesa y retiróse discretamente, deseándome un sueño tranquilo. En aquel cuarto había un espejo grande cubierto con una cortinilla; coloqué la luz junto al marco y descorrí aquella para contemplar mi triste figura; mas apenas hube fijado la vista en mi imagen, parecióme distinguir otra más vaga y flotante, que dibujándose en la perspectiva del espejo adelantábase hacia mí. Poco á poco se marcó más, y pronto reconocí las facciones adoradas de Julia. No pude reprimir un grito de sorpresa y amor, y extendiendo los brazos hacia aquella aparición, exclamé: «¡Julia, Julia!»

En el mismo instante oigo un suspiro prolongado detrás de mí, corro al fondo de la alcoba, separo las cortinas del lecho y veo al hombrecillo de la capa durmiendo como una marmota. De su pecho, oprimido por una pesadilla, escapábase á intervalos un nombre de mujer, y sus labios murmuraban: «¡Giulietta, Giulietta!»

Me estremecí al pronto, pero recobrando valor saqué por un brazo al hombrecillo, gritándole:

—¡Eh! amigo mío ¿quién diablos puede haberos conducido á mi cama? Hacedme el favor de ir á descansar á otra parte.

El hombrecillo se estiró, despertándose poco á poco.

—¡Ah! gracias, caballero—me dijo—habéis interrumpido un mal sueño.

Y al pronunciar estas palabras parecía tan triste y agobiado, que me infundió lástima. Supuse que mi amigo me había destinado equivocadamente aquella habitación, ocupada ya, y que no debía turbar el reposo de aquel huésped.

—Caballero—dijome el hombrecillo sentándose en la cama—mi conducta en la taberna ha debido pareceros absurda, mas no tengo la culpa de ello, porque estoy sometido á una cruel influencia que me expone a cometer muchas faltas de cortesía.

—¡Bah!—reliqué—precisamente estoy en el mismo caso, y esta noche pasada, cuando volví á ver á Julia...

—¡Julia decís!—exclamó el hombrecillo con las facciones descompuestas.—¡Ah! caballero—añadió—ocultando el rostro en la almohada, os suplico que me dejéis dormir y que cubráis bien el espejo.

—Señor mío—reliqué, elevando la voz para obligarle a escucharme—¿por qué os causa tan penosa impresión ese nombre de mujer? Espero que me lo diréis en confianza cuando después de cubrir el espejo me coloque á vuestro lado para descansar.

El hombrecillo se incorporó cual si le moviera un resorte.

—¿Os empeñáis, pues, en conocer el secreto de mi vida miserable? Pues bien, voy á referiros mi historia.

Así diciendo saltó de la cama, abrigóse con una especie de bata, y quiso acercarse á la chimenea, pero el espejo estaba descubierto aún, y sus ojos se fijaron en la luna. ¡Oh sorpresa! yo estaba de pie á su lado, y observé que su imagen no se reflejaba junto á la mía. El hombrecillo me dirigió una mirada dolorosa.

—Caballero—dijome sollozando—soy más digno de compasión que Pedro Schlemihl, porque éste vendió su sombra recibiendo el precio de ella; mientras que yo dí mi reflejo por amor á ELLA, á Giuletta. ¡Ay de mí!

Y corrió á echarse en la cama, sollozando lastimosamente.

Agitábanse en mi alma sensaciones diversas ante aquel espectáculo tan tristemente grotesco, y permanecí inmóvil en el mismo sitio, como un verdadero



EL REFLEJO PERDIDO

autómata, cuando de pronto oí roncar al hombrecillo como un cañón de órgano. Entonces experimenté deseos de imitarle, tanto que á los diez minutos dormía como un bienaventurado.

Una hora antes de rayar el alba, despertóme una claridad muy viva, y al abrir los ojos ví á mi compañero medio vestido, muy ocupado en escribir á la luz de dos candelabros. Su aspecto fantástico me produjo un vértigo, y caí en una especie de alucinación: hallábame en casa del consejero de justicia sentado en el sofá, como la víspera, junto á Julia. El consejero me parecía una muñeca de azúcar entre arbustos cargados de frutas y de rosas; y Julia me presentaba una copa de cristal, de la cual salían con brillo fosforescente llamas azuladas. Alguno me tiró del brazo: era el hombrecillo que me decía al oído: ¡No bebas, no bebas!— ¿Qué teméis? ¿No sois mío, *vos y vuestro reflejo*? me preguntó Julia. Tomé la copa de sus manos, é iba á beber, cuando el hombrecillo me saltó al hombro transformado en ardilla, repitiéndome: «¡No bebas, no bebas!» Y con su inquieta cola trataba de apagar las llamas azuladas. «¿Por qué rehusas, dijo Julia, tomar esa copa, amado mío? Esa pequeña llama pura que ves brillar en la superficie es el emblema de nuestro primer beso.» El sonido de aquella voz tan dulce me transportó, é iba á estrechar contra mi corazón aquella mujer idolatrada, cuando Pedro Schlemihl pasó de repente entre nosotros dos y comenzó á reirse. En el mismo instante, todas las personas que llenaban el salón del consejero de justicia me parecieron convertidas en figuritas de azúcar; comenzaron á saltar, zumbando como abejas, y trepaban por mi persona cual si yo fuese un mástil de cucaña.

Entonces me desperté: la campana de la iglesia próxima tocaba la hora de mediodía, y yo me preguntaba, frotándome los párpados, si la historia de mis apari-